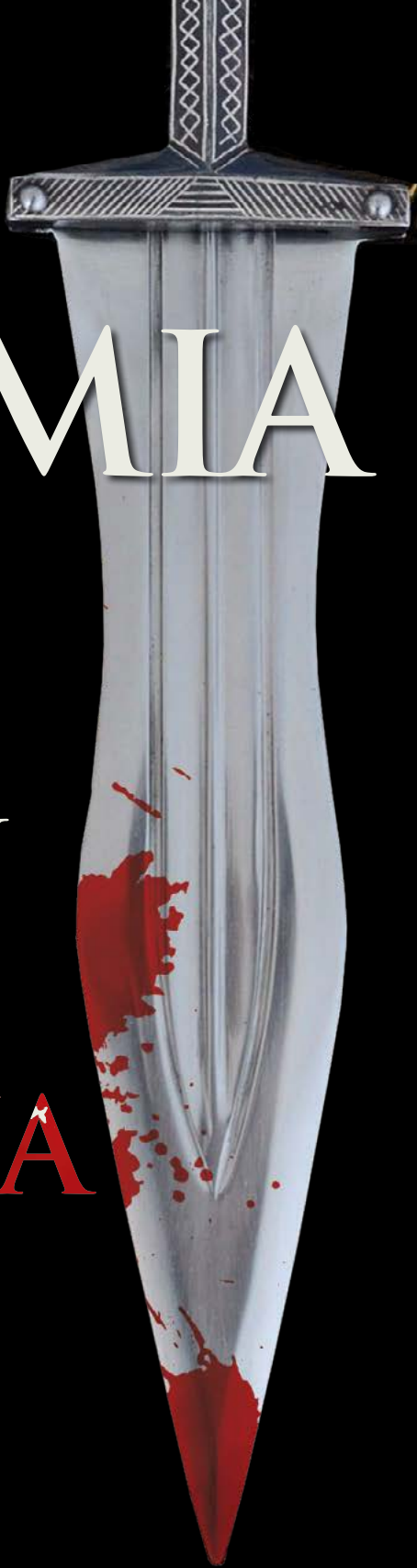


JERRY TONER

INFAMIA

EL
CRIMEN
EN LA
ANTIGUA
ROMA



INFAMIA

DESPERTA FERRO



EDICIONES

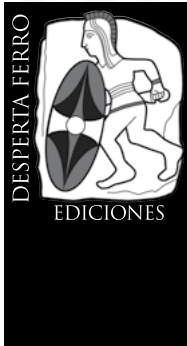
INFAMIA

EL CRIMEN EN LA ANTIGUA ROMA

Jerry Toner

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Infamia
Toner, Jerry
Infamia / Toner, Jerry [traducción de Jorge García Cardiel].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2020 – 256 p. ; 23,5 cm – (Historia Antigua) – 1.ª ed.
D. L.: M-973-2020
ISBN: 978-84-120798-8-3
94(376)
343.97 340.114

INFAMIA

El crimen en la antigua Roma

Jerry Toner

Título original:

Infamy. The Crimes of Ancient Rome

First Published by Profile Books

This translation published by arrangement with Profile Books. All rights reserved

Derechos de traducción concertados con Profile Books. Todos los derechos reservados

© Jerry Toner, 2018

ISBN: 978-1-78125-385-4

© de esta edición:

Infamia

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-120798-8-3

D.L.: M-973-2020

Traducción: Jorge García Cardiel

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Carlos Núñez del Pino y Mónica Santos del Hierro

Primera edición: marzo 2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2020 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

ÍNDICE

Agradecimientos	VII
-----------------------	-----

PARTE I. LA IMPUTACIÓN

1. Roma encausada	3
-------------------------	---

PARTE II. LAS PRUEBAS

2. Las depredaciones de Nerón y otros delitos con violencia	15
3. Del pequeño hurto al latrocinio a gran escala	45
4. Fraudes, falsificaciones y corrupción imperial	69
5. Las políticas del terror	93
6. Crímenes contra los dioses	123
7. Sexo, bebida y glotonería: los crímenes contra la moralidad	145
8. Crímenes de guerra	167
9. ¿El reo reformado? El crimen y el imperio cristiano	193

PARTE III. EL VEREDICTO

10. Roma: ¿culpable o no culpable?	221
Bibliografía	233
Índice analítico	243

AGRADECIMIENTOS

Mi interés por el derecho romano y por su efectividad a la hora de administrar justicia se vio estimulado por primera vez hace ya unos veinticinco años gracias a Keith Hopkins, cuyo fascinante curso acerca del Egipto romano me abrió las puertas de una Antigüedad totalmente distinta. El propósito de este volumen no es otro que el de brindar al lector un análisis accesible en torno al vasto ámbito del crimen en el Imperio romano, por lo que también trata de contemplar Roma desde un nuevo ángulo; intenta retratar la sociedad romana en toda su complejidad: práctica, flexible, innovadora y brutal. Mas escribir un libro siempre genera deudas de gratitud, por lo que me gustaría agradecer, de igual modo, el apoyo y los ánimos de Gavin Ayliffe, Pierre Caquet, Jason Goddard y Emma Widdis. La ayuda de Peter Garnsey, como siempre, fue vital para poner mis ideas en orden. Mi mujer, Anne, y mis hijos, Arthur y Florence, me sobrellevaron mientras investigaba y redactaba el texto. Y quisiera, asimismo, expresar mi agradecimiento a todos los integrantes del Churchill College por sus interesantes discusiones, así como al personal de la Cambridge University Library y al de la Facultad de Clásicas por su infatigable asistencia. Mi editor en la editorial Profile, Ed Lake, me socorrió a la hora de sintetizar el texto y adaptarlo a una audiencia más amplia. El proyecto comenzó, no obstante, con John Davey como editor. John era un hombre de gran inteligencia y carisma y su muerte me arrebató a un buen amigo. Dedico, pues, este libro a su memoria.

PARTE I

LA IMPUTACIÓN

DESPERTA FERRO



EDICIONES

1

ROMA ENCAUSADA

El monarca sabía reconocer una amenaza en cuanto le salía al paso. Así, cuando la hija de un rival dio a luz a gemelos, comprendió al instante que, con los años, estos podían llegar a suponer un desafío para su gobierno. Por consiguiente, hizo lo que hubiera hecho cualquier rey sensato: ordenó que se arrojara a los niños al Tíber. Por desgracia para el soberano, el río bajaba crecido y nadie se atrevió a internarse en su cauce, por lo que sus desleales lacayos se contentaron con abandonar la canasta de los bebés en la orilla y asumir así que eso bastaría para ahogarlos. Pero resultó que la crecida no tardó en menguar y la canasta se posó intacta en uno de los márgenes del río. Los niños terminaron así en un entorno salvaje, pantanoso y repleto de higueras. Al poco, una loba se acercó al agua para calmar su sed y escuchó sus llantos. Mas, en vez de devorar a los hambrientos pequeños, les ofreció sus ubres y los lamió con afecto mientras mamaban. Al poco, Fáustulo, un pastor de la zona, encontró a los bebés y se los llevó a su mujer, Aca Larentia, la cual los crió como si fueran sus propios hijos y a los que llamó Rómulo y Remo.

Al crecer, los niños se tornaron extraordinariamente fuertes. Solían cazar por los bosques e incluso atacaban a los bandidos si se tropezaban con ellos. Eran líderes natos y no tardaron en rodearse de un séquito de jóvenes deseosos de compartir sus aventuras. Con el tiempo, los gemelos tuvieron tantos seguidores que desafiaron al tirano que había intentado ahogarlos al nacer. Hubo, entonces, una refriega, pero hacía tiempo que el rey había perdido su oportunidad de lograr una fácil victoria, por tanto, a partir de ese momento, desaparece de nuestra historia. Ese suele ser el final de los poderosos.

Los hermanos se vieron entonces atenazados por el imperioso deseo de fundar su propia ciudad en torno al lugar en el que habían sido abandonados. Todas las poblaciones vecinas estaban superpobladas, por

lo que mucha gente se mostró dispuesta a seguir a tan inspiradores jóvenes en un proyecto que parecía destinado al éxito. Pero he ahí que cada muchacho pretendía fundar la urbe en un enclave ligeramente distinto: Rómulo prefería la colina del Palatino, en tanto que Remo se decantaba por el Aventino. Una segunda cuestión, asimismo, trivial, condujo la situación a un punto crítico: ¿en honor de cuál de los dos hermanos se bautizaría la nueva ciudad? Ambos, al fin y al cabo, eran gemelos, por lo que ninguno podía considerarse superior al otro. Incapaces de ponerse de acuerdo, los dos emprendieron la construcción de sus respectivos asentamientos en sus lugares predilectos. Solo entonces decidieron consultar a los dioses para solucionar su disputa.

La fórmula que convinieron fue la siguiente: ambos contarían los pájaros que pasaran, cada cual desde su colina, y los dioses aclararían qué hermano tenía razón al enviar más pájaros por un lado que por el otro. Cada uno delimitó un espacio sagrado en su altozano y se dispuso a contemplar los cielos. Al cabo de un tiempo, y puesto que ni una sola ave se había mostrado ante Rómulo, este decidió engañar a su hermano y le envió un recado para que acudiera de inmediato. Remo, con toda lógica, pensó que su hermano estaba admitiendo su derrota. Los mensajeros, avergonzados por la villanía que se estaba urdiendo y preguntándose acaso si se habían puesto al servicio del hermano equivocado, se tomaron su tiempo. Gracias a ello, Remo contó seis buitres de camino al Palatino. Pensó, por ende, que había vencido, pero, en el momento en el que se presentaba ante su hermano, el doble de pájaros apareció ante Rómulo. Ambos contendientes reclamaron entonces la victoria: Remo sostenía que las aves se le habían aparecido antes, mas Rómulo argüía que él había visto más ejemplares. Estalló la crispación, arreció la violencia y Remo terminó perdiendo la vida a manos de su hermano. El camino quedó expedito, por tanto, para que Rómulo otorgara su propio nombre a la urbe: quedaba así fundada la ciudad de Roma.

El historiador Tito Livio nos facilita la fecha precisa en la que tuvo lugar este último acontecimiento: el 21 de abril de 753 a. C. No obstante, a pesar de semejante grado de precisión, no olvidemos que Tito Livio escribió unos 750 años después de los hechos. En realidad, no tenía un conocimiento certero de lo que narraba. Es más, existen otras muchas versiones de la historia. En algunas se refiere que Remo ridiculizó la muralla de Rómulo saltando sobre ella y burlándose de su ineficacia, lo que lo irritó tanto que este acabó por asesinarlo. Una de las variantes sostiene incluso que no fue Rómulo, sino uno de sus partidarios, quien cometió el crimen. El primer relato conocido, de hecho, es el del

historiador romano Quinto Fabio Píctor, escrito hacia 200 a. C. (es decir, medio milenio después de los supuestos acontecimientos), aunque las tres fuentes que mejor conocemos son las crónicas de Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso (casi contemporáneas entre sí) y la biografía de Rómulo que Plutarco escribió a principios del siglo II d. C. Para empeorar las cosas, ninguna de las versiones conservadas concuerda con el momento de la fundación de Roma, de manera que se proponen fechas tales como 814, 753, 752, 751, 748 o 729. Todas ellas fueron compiladas cuando Roma era ya la potencia dominante en el Mediterráneo y, en realidad, nos aportan más información de cómo se veían a sí mismos los romanos que de lo que, en realidad, aconteció durante la fundación de la ciudad. Bien pudiera ser, pese a todo, que hubiera algo de verdad en algunas de estas historias. Quizá Roma sí fue fundada por un hombre llamado Rómulo. Acaso sea cierto que una pareja de gemelos litigó acerca de dónde debía establecerse la urbe e incluso es posible que llegaran a las manos para dirimir la cuestión de cómo bautizarla. Pero lo que resulta en verdad revelador en todos estos mitos es la forma en la que muestran cómo se concebían a sí mismos los romanos de épocas posteriores. Y es que, en teoría, el mito de fundación revelaba la idiosincrasia romana; la leyenda, de alguna manera, explicaba por qué los romanos habían tenido tanto éxito y habían llegado a ser tan formidables a lo largo de su historia.

En efecto, el mito proporciona algunas respuestas a tales cuestiones, pero no todas ellas resultan agradables. ¿Para qué se incluyó un horrendo crimen fratricida en el núcleo mismo de la historia? Después de todo, asesinar a un familiar cercano se consideraba una conducta en particular impactante en la sociedad romana posterior. A los abominables criminales que lo perpetraban no se les ejecutaba simplemente decapitándolos o quemándolos vivos, sino que se los introducía en un saco junto con un perro, un gallo, una serpiente y un mono y, a continuación, se los arrojaba de esta guisa al mar o al río Tíber. Tan exagerada forma de ejecución refleja la importancia fundamental que la familia tenía en el seno de la sociedad romana. La circunstancia de que un crimen tan espantoso desempeñara un papel clave en el mito sugiere, pues, que los romanos reconocían un lado sumamente perturbador de su propia personalidad. Los romanos de épocas posteriores percibían en sí mismos una crueldad que explicaba su éxito a la hora de conquistar el mundo mediterráneo. El asesinato de Remo simbolizaba, de hecho, su capacidad para poner al Estado sobre todo lo demás, incluidos los propios hermanos. El poder era lo único que importaba y si para ha-

cerse con el control político había que asesinar a la familia, así debía hacerse. La leyenda enfatiza la disponibilidad de los romanos para la violencia y evidencia que eran perfectamente conscientes de que gobernar, a menudo, entrañaba actuar con brutalidad. Revela, asimismo, que sabían que sus propios ancestros componían una curiosa mezcla. Si los fundadores de la ciudad habían sido engendrados por una princesa, también habían sido abandonados al nacer y criados por pastores, ¿es de extrañar que sus descendientes fueran tan recios? Los romanos no ansiaban, por ejemplo, ninguno de los lujos que se solían vincular a la vida monárquica. En muchos sentidos, de hecho, la ligeramente sospechosa historia de la génesis de Roma puede entenderse como una metáfora perfecta de todo el pueblo romano: algunos (los senadores) eran nobles, pero la mayoría (la plebe) eran personas sensatas y realistas, por lo que, tomados en conjunto, poseían las características necesarias para gobernar el mundo conocido.

Es más, los romanos también se reputaban a sí mismos no del todo dignos de confianza. Sin duda, esta idea estaba relacionada con la excesiva ambición de la plebe. Al fin y al cabo, ¿no había intentado Rómulo engañar a su hermano a la hora de contar los pájaros? ¿Tuvo acaso reparos en hacerlo a pesar de que los dioses estaban involucrados en el asunto? A los romanos les gustaba pensar que tenían a los dioses de su parte en virtud de un reconfortante acuerdo conocido como la *pax deorum*, la «paz de los dioses», pero en las crónicas nos encontramos al mítico fundador de Roma tratando de hacer trampas con descaro en una cuestión religiosa. Asimismo, los romanos posteriores se reconocían capaces de llevar a cabo actos igual de vergonzosos. Una versión del mito sostenía, incluso, que la intervención de la loba era una ficción. No en vano, los romanos empleaban el término latino *lupae* para referirse no solo a las hembras de los lobos, sino también a las prostitutas, profesión que, según esta variante de la historia, desempeñaba la esposa de Fáustulo. Es como si los romanos estuvieran convencidos de que en su trasfondo ancestral se ocultaba algún tipo de secreto deshonesto; un secreto que, de alguna manera, daba cuenta de quiénes eran en realidad.

Es obvio que el mito fundacional también explicaba el origen de las virtudes romanas. La fortaleza de los niños abandonados era tan extraordinaria que, de inmediato, resultó evidente su naturaleza singular. Al crecer, se convirtieron en nobles y apuestos jóvenes de gran audacia y valor que se solazaban con el peligro y no le tenían a nadie. Los hermanos se mostraban igual de amables con sus pares que con sus inferiores, pero se mofaban de los agentes del rey y, si alguien se veía amenazado

por cualquier tipo de violencia, no dudaban en acudir en su defensa. Al igual que sucedió con la loba, que había optado por amamantarlos en vez de por devorarlos, acostumbraban a cuidar de todos aquellos que se encontraban bajo su protección. De los dos, se decía que Rómulo parecía tener más sentido común y sagacidad política y que, cuando trataba con sus vecinos, daba la clara impresión de haber nacido para impartir órdenes en vez de para obedecerlas. Ambos hermanos se mostraban apasionados en todo lo que emprendían, ya se tratara de ejercicios atléticos, de cacerías o de ahuyentar a bandidos y malandrines. No sorprende, por tanto, que su fama trascendiera fronteras, ni tampoco que sus descendientes conquistaran el mundo mediterráneo.

Ahora bien, del mismo modo, los romanos sabían que sus logros tenían un coste. En la versión del mito que nos transmite el poeta Ovidio (*Fasti*, libro 5), el fantasma de Remo se aparece ante sus padres adoptivos y les habla quejoso de su muerte, mas también reafirma su amor imperecedero por su hermano. Cuando Rómulo se entera, aunque se ve asaltado por las lágrimas, logra guardarse su dolor para sus adentros, resuelto ante todo a no llorar en público y dar ejemplo de fortaleza. Los romanos comprendieron de este modo que, para triunfar, debían reprimir sus emociones personales y sacrificarlo todo por el bien del Estado, lo que los llevó a tolerar todo tipo de crímenes violentos cuando la ocasión así lo requería. Después de todo, asumían que en su propia naturaleza había algo de la legendaria loba: un rasgo, amenazante y salvaje, que los gemelos fundadores parecían haber asimilado junto con la leche. Los romanos, en definitiva, se creían, literalmente, unos hijos de puta.

El presente libro somete a juicio a la propia Roma. Mucha gente la ha contemplado como un nido de infamia, desgarrado por la barbarie, el pecado y la corrupción. Un escritor moderno, por ejemplo, describe los combates gladiatorios del Coliseo como «sanguinarios holocaustos humanos», «de lejos, el deporte más sangriento y repugnante jamás inventado» e incluso afirma que «las dos instituciones más destructivas desde el punto de vista cuantitativo de la historia han sido el nazismo y los juegos gladiatorios romanos». Las guerras de conquista romanas entrañaron lo que Edward Gibbon describió como «una perpetua violación de la humanidad y la justicia» y, a buen seguro, en nuestra época, sus responsables hubieran acabado en la Corte Internacional de Justicia de La Haya, en los Países Bajos. La corrupción, tal y como sostiene un eminente académico, era tan endémica en el Imperio romano (cuyas metas gubernamentales solían quedar obstaculizadas por los negocios

personales de los altos burócratas y los líderes militares) que, sin duda, terminó por contribuir a su caída. Y en las modernas producciones de entretenimiento, ya hablemos de *Yo, Claudio*, de Robert Graves; o de la serie televisiva *Roma*, de HBO, el Imperio romano se presenta como sinónimo de las depravaciones sexuales más diversas. Pero no olvidemos que, desde otros ámbitos, a Roma se la ha considerado también un modelo de sociedad exitosa y ordenada. Se ha insistido en que la *pax romana* supuso para el imperio varios siglos de paz y libró a millones de personas de algunas de sus peores pesadillas: invasiones, derrotas, muerte y esclavización. Hoy, la autoridad del Estado romano inspira el diseño arquitectónico de buena parte de los edificios gubernamentales y judiciales del mundo occidental, desde el Old Bailey en Londres al Capitolio de Washington D. C.

Pero ¿qué clase de sitio era, en realidad, Roma? ¿Se trataba en verdad de una sociedad ordenada en la que los emperadores hacían bien su trabajo y la gente se mostraba, por lo general, bien dispuesta a apoyar al imperio? ¿O hablamos más bien de una brutal organización mafiosa en la que el crimen era omnipresente, la ley solo existía para servir a los intereses de los poderosos y cualquier tipo de oposición se aniquilaba sin vacilación? ¿Arraigó el crimen en el corazón mismo de la sociedad romana, como parece desprenderse del mito fundacional de la ciudad?

Los propios emperadores constituyen un buen reflejo de la doble personalidad de Roma. Conocemos emperadores infames como Nerón y Calígula, verdaderos paradigmas del tirano arbitrario. Inmunes al enjuiciamiento y situados por encima de la ley, estos gobernantes rompieron todas y cada una de las convenciones sociales. Mas ¿acaso no fueron, ellos mismos, excepciones a la norma? Otros emperadores, en cambio, parece que se esforzaron por impartir justicia. El historiador romano Suetonio sostiene que Claudio, por ejemplo, no siempre cumplía la ley al pie de la letra, sino que la modificaba según su propia noción de la justicia, aunque a veces eso supusiera arrojar a las bestias a criminales peligrosos cuando en puridad la ley no les hubiera deparado un castigo tan severo. En cierta ocasión, cuando declaró culpable de falsificación a un hombre y alguien entre los presentes gritó que al delincuente se le debían cortar las manos, Claudio accedió de inmediato y mandó llamar al verdugo bien provisto de un cuchillo y un tarugo. ¿Fue esto una muestra de buen gobierno, o tan solo se trató del gesto de un emperador deseoso de agradar a un público sediento de sangre? Suetonio, de hecho, defiende que Claudio hacía gala de una singular volubilidad a la hora de impartir justicia. En algunos casos era meticu-

loso y sagaz, no obstante, en otros se mostraba impetuoso y desconsiderado, a veces, incluso, parecía tonto sin más. En un litigio acerca de si un hombre era o no ciudadano romano, entre los letrados se suscitó la huera polémica de si el acusado debía comparecer vestido con una túnica o una toga, pues solo los ciudadanos tenían derecho a portar esta última. Debido a su deseo de mostrarse imparcial, Claudio ordenó que el hombre en cuestión cambiara sus ropas según hablara la defensa o la acusación. De acuerdo con Suetonio, tales actos desacreditaron a Claudio y terminaron por granjearle un desprecio ostensible y generalizado.

O, si no, considérese cómo actuó Tiberio cuando el magistrado Plauto Silvano, por razones que desconocemos, arrojó a su esposa Apronia por la ventana de su alcoba. Cuando se le condujo ante el emperador, Silvano aseguró que creía que su mujer se había suicidado, pues aquella noche él había caído dormido al instante. Sin pensárselo dos veces, Tiberio se encaminó hacia la casa y examinó el dormitorio en cuestión, donde descubrió las huellas de un forcejeo. Mas, en vez de actuar de forma arbitraria, derivó el caso al Senado, donde se formó una comisión judicial. Hasta aquí, todo bien. Pero la abuela de Silvano, Urgulania, amiga de la casa imperial, le hizo llegar a su nieto un puñal. El gesto fue interpretado como una pista nada sutil del emperador de lo que debía hacerse con el reo, por lo que el acusado se las arregló de inmediato para que le abrieran las venas (Tácito, *Anales* 4.22). Una vez más, nos encontramos ante un pintoresco relato, una anécdota acerca de lo que parece un acontecimiento atípico, pero que no deja de hablar-nos de la mezcla de justicia y arbitrariedad que tan a menudo caracterizó al gobierno imperial.

Aun así, ¿hasta qué punto fueron relevantes los emperadores para la sociedad romana en su conjunto? Desde su alejada torre de marfil, ¿tendrían, acaso, una incidencia significativa en la vida diaria del romano medio? Desde luego, parece indudable que algunos autores antiguos manifestaron su agradecimiento a los emperadores, a quienes atribuían de forma expresa la paz y la prosperidad de las que gozaba Roma: «Nos parece que el César nos proporciona una gran paz porque ya no hay guerras ni batallas ni mucho bandidaje ni piratería, sino que en cualquier época se puede viajar, navegar de Oriente a Poniente» (Epiceto, *Discursos* 3.13.9). Algunos expertos argumentan que este tipo de sentimientos reflejan un respeto por las leyes generalizado a lo largo y ancho del imperio. Bien es cierto, afirman estos autores, que la ley era severa, pero los romanos la creían aplicable a todo el mundo por el bien común. El historiador romano Veleyo Patérculo, por ejemplo, subraya

que, frente al caos de los años finales de la República, el emperador Augusto hizo de la justicia una cualidad clave de su nuevo modelo de gobierno imperial:

Se devolvieron a la ciudad la justicia, la equidad y la laboriosidad, antes sepultadas y enterradas a fondo. Los magistrados se sintieron investidos de autoridad, la majestad hizo entrada en el Senado, la gravedad en los juicios. Se sometió a estrecha vigilancia cualquier brote de rebeldía teatral. Se inculcó a todos la voluntad, o bien se les impuso la obligación, de hacer las cosas bien (*Historia de Roma* 2.126.2).

Es más, continúa Veleyo: «¿Cuándo hubo un precio de abastecimiento más moderado? ¿Cuándo fue más fecunda la paz?». Se trataba, sostiene el historiador, de la *pax Augusta*, la paz engendrada por Augusto que había garantizado la seguridad en cada rincón del imperio. Era el propio emperador el que predicaba con el ejemplo y mostraba a sus ciudadanos cómo debía conducirse cada cual de manera apropiada.

Un gran elogio, sin duda, pero... ¿estaba justificado? Supongamos que estas aseveraciones pudieran aceptarse al pie de la letra. Hablaríamos, en tal caso, de un mundo en el que, pese a imperar un sistema legal menos desarrollado que el nuestro, se habría logrado generar una coexistencia pacífica entre los millones de habitantes del Imperio romano. Si dicho imperio perduró tanto en el tiempo, según esta visión, fue porque existía un consenso generalizado acerca de la bondad sustancial del gobierno. Dicho de otro modo, los habitantes del mundo romano internacionalizaron la ideología de su clase dirigente y, en consecuencia, dejaron de ser súbditos y se convirtieron en partícipes voluntarios del imperio. El problema fundamental de toda esta lectura, no obstante, es que ignora el colosal desequilibrio de poder existente entre los diferentes actores. ¿De qué otra forma podría dirigirse uno al emperador si no era mediante halagos? De manera análoga, mientras el dictador se mantuvo en el poder, multitudes de iraquíes bailaban de alegría cada vez que Sadam Huseín hacía acto de presencia, pero actuaron de manera muy distinta en cuanto fue derrocado. Otro tanto sucedería, es de suponer, con los romanos que prodigaban a los emperadores las palabras que estos anhelaban escuchar. Sin perjuicio de que, quizá, en privado, cultivaran ideas muy distintas.

¿Y qué ocurría con el pueblo de Roma? ¿Se componía en esencia de individuos respetuosos de la ley? ¿O es que estaban tan interesados

en el «pan y circo», en palabras del satírico Juvenal, que no prestaban atención a nociones mucho más abstractas como la de justicia? En el presente libro examinaremos si el pueblo logró ejercer algún tipo de influencia sobre los emperadores y si estos últimos respondieron en alguna ocasión a las demandas populares de ley y orden. Prestaremos atención a qué tipo de conversaciones prevalecía en las tabernas de Roma y también a qué se decía en ellas de las personas que ostentaban la autoridad. Hablar sin cortapisas era una práctica peligrosa durante el mandato de un emperador autocrático, por lo que, a menudo, como veremos, la gente expresaba sus críticas mediante fórmulas mucho más anónimas y seguras.

Seremos los detectives de este caso y, para alcanzar un veredicto en torno al Imperio romano, recopilaremos pruebas a lo largo y ancho del mundo, buscando no solo entre los emperadores y senadores en las capas más altas de la sociedad, sino también entre los campesinos, los trabajadores y los esclavos que integraban las más bajas. Pasaremos revista a una enorme variedad de fuentes en busca de la ilegalidad romana. Los grandes códigos legales compilados en el Bajo Imperio, por ejemplo, proporcionan numerosos ejemplos que alcanzaron los tribunales y fueron documentados al detalle. Los papiros egipcios, por su parte, ofrecen una información fascinante de todo un sinfín de procedimientos judiciales a escala local. Mas contamos, asimismo, con numerosos casos de crímenes ficticios, recogidos tanto en novelas antiguas como en ejercicios retóricos empleados en la enseñanza. Los escritores e historiadores romanos, con frecuencia, reflexionaron acerca de los crímenes que involucraban a la élite, en tanto que los oráculos y conjuros mágicos conservados nos proporcionan ingente información de los miedos de la gente ordinaria. Los textos cristianos contienen narraciones horripilantes de la muerte de los mártires a manos del Estado romano y, más tarde, cuando este se convirtió en cristiano, nos muestran cómo se las vio con sus antiguas prácticas. Observaremos, sin embargo, que ninguno de tales testimonios carece de problemas. Debemos, pues, sopesar las distintas pruebas lo mejor que podamos.

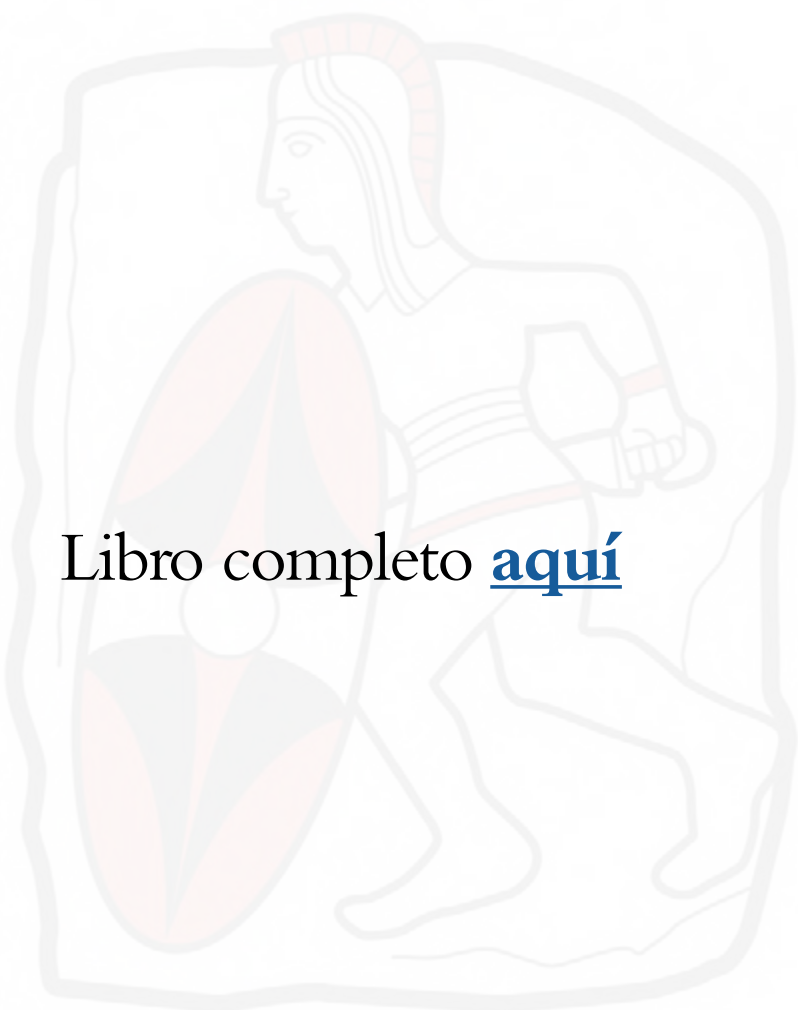
Tendremos, en fin, que alcanzar un veredicto para Roma, en el que habremos de concluir si los romanos fueron, en realidad, peores que nosotros. ¿Fue culpable la sociedad romana de permitir que la gran mayoría de su población viviera expuesta a todo tipo de crímenes? ¿Imbu-yó Roma de su cultura criminal a todos los pueblos a los que conquistó? Conoceremos cómo se trató en Roma a los distintos individuos implicados en un delito, ya hablemos de acusados, testigos o acusadores, y

cómo el sexo, el estatus y la edad de cada cual moduló dicho tratamiento. Para ello, deberemos investigar los crímenes antiguos desde todos sus ángulos, así como analizar cuáles se pensaba que eran sus causas, qué se hacía para tratar de prevenirlos o castigarlos o cómo se percibían y temían. Descubriremos cómo el delito (ya fuera de naturaleza religiosa, sexual, violenta o por traición) permeaba en todos los estratos de la sociedad romana y hallaremos que, en cada uno de ellos, se percibía de manera distinta. A medida que la ciudad de Roma se transformó en el gigantesco eje de un imperio global, toda una serie de nuevos crímenes (desde la traición al adulterio) ganaron protagonismo, al tiempo que se idearon nuevas fórmulas para combatirlos. Estudiaremos el papel que los emperadores desempeñaron en estos procesos, en los que actuaban como árbitros en cuestiones tan variopintas como los tipos de comida que era legal vender en los figones o los castigos que resultaban más apropiado propinar a los esclavos. Al final, consideraremos si la tardía cristianización del Imperio romano modificó todas estas dinámicas: ¿las enseñanzas de Jesús alteraron el carácter de la urbe, o los romanos continuaron siendo los mismos brutos de siempre?

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Los romanos se creían,
literalmente,
unos hijos de puta».

Jerry Toner

Roma no fue un imperio con la mejor de las reputaciones que digamos. Desde sus brutales juegos a sus depravados emperadores, sus violentas turbas y sus despiadadas guerras, su nombre ha resonado a lo largo de los siglos como un eco infinito. Pero ¿era realmente tan perversa? En este libro, Jerry Toner se embarca en una suerte de investigación detectivesca para descubrir el verdadero alcance del crimen en la antigua Roma.

De los pecadillos sexuales de Tiberio y Nerón a las probabilidades de que te desvalijen la ínsula si la dejas sin vigilancia –bastante altas, sobre todo si las paredes son lo suficientemente delgadas como para hacer un butrón–, Toner remueve cielo y tierra para poner la Ciudad Eterna bajo su lupa. En *Infamia. El crimen en la antigua Roma* nos toparemos con toda una galería de villanos, sean emperadores, capos mafiosos o ladronzuelos de poca monta, descubriremos los principales problemas que padecían sus atormentados ciudadanos, exploraremos las tentaciones de los excesos y comprobaremos hasta dónde es capaz de llegar la plebe presa de la desesperación.

¿Roma: culpable o no culpable? ¿Una delincuente brutal, o la legítima gendarme del mundo? El veredicto, en el libro.

ISBN: 978-84-120798-8-3



9 788412 079883

P.V.P.: 23,95 €

**HISTORIA
ANTIGUA**